

HE comprado un tiesto de arcilla, sustrato universal y unas cuantas semillas de petunia. Las he sembrado, y durante muchos días he humedecido el terreno con agua del grifo, dejando la maceta al lado de la ventana para que el sol la tueste y pueda germinar lo todavía invisible.

Hoy, al saber que las semillas de petunia, por ser pequeñas, no deben enterrarse muy profundas, he resuelto vaciar la maceta, volver a llenarla con tierra nueva y plantar otras semillas. Dicen que esta flor tarda meses en brotar, y es horrible la impaciencia que experimento: quisiera brotarla al instante como un druida, acelerar su crecimiento.

El caso es que hace un momento, cuando soplabas la vela con forma de número cinco, he comprendido que no tengo que hacer nada para hacer que la petunia florezca. Sólo ser un que hombre que espera y que sabe que luego del tiempo necesario sucederá la corola. Hoy celebras tu quinto cumpleaños en el planeta Tierra luego de dos años de quimioterapia. Hace unos meses eras un niño calvo en la cama de un hospital. Eras la tierra de esta maceta, sin flores, muerta de puro invierno. Hoy sonríes, respiras, juegas, comes, vas al colegio. Eres una flor perfecta con aroma de resucitado.

UNA SEÑORA MALEDUCADA

ÉRASE una vez un viernes con edificios, un par de nubes y un gato negro debajo de un coche. Este viernes sucede todos los días. Hoy mismo, este miércoles, ha venido a mi despacho para decirme algo. Me refiero al viernes en que te pregunto si te duele la pierna derecha, la que ladeas. Tienes una zancada rara. Por eso te descalzo. No tienes piedras, serán las zapatillas. Érase una vez un viernes con mucho frío y una calle con árboles por la que caminan de la mano un padre y su hijo. El hijo sólo tiene dos años. Érase una vez, de pronto, tu enfermedad. La enfermedad nunca avisa de su llegada. Llega siempre a una hora inoportuna, sin pedir permiso, y nos aborda maleducadamente, como una salteadora. La inteligencia no la comprende, desconoce su idioma. Para entenderla es necesario ser tonto. He conocido a muchos hombres capaces de hablar varias lenguas o escribir un ensayo erudito sobre cualquier asunto difícil. Al recibir la visita de la enfermedad, la mayoría son bebés que balbucean. Todos sus saberes ceden como una bolsa de plástico cuando con-

tiene un peso superior a su resistencia. Ellos iban silbando y de repente miran sus planes por el suelo, las manos sosteniendo las asas rotas, ni rastro de la antigua seguridad.

Esta mañana, mientras conducía, he apretado el símbolo de pausa en la radio y he sonreído. En nuestra vida hay una hora que, igual que un dedo, apaga la música de nuestros razonamientos.

Érase un lunes. Le acabo de contar a mamá el asunto de tu nueva zancada. Ella me contesta *no es nada*. Mamá siempre ha sido así, aunque yo no lo entienda. Tiene la manía de esperar lo mejor ante una incertidumbre. Somos distintos, y sin embargo no me canso de tu madre. Tu madre ha superado todos los posibles desencantos. Es verdad que reñimos, pero luego algo nos empuja al abrazo. Ella con su manía de la impuntualidad, una hora secándose el pelo tras haberse duchado, después de una hora de champú; yo con mi prisa para todo y los «me va a dar un infarto». Cada uno con su repertorio de manías, pero absolviéndonos con la-disculpa, recorriendo con el perdón la piedra de lo ya sucedido.

Acabo de encontrar un gusano en una manzana que parecía apetitosa. Conozco a muchos hombres sin fiebre que están enfermos, son moribundos bien tra-

jeados, que trabajan y lucen sonrisas muy blancas. Bajo su aspecto, el gusano del dinero va royendo el corazón.

Al llegar a urgencias me sorprendió la cantidad de niños enfermos el mismo día, en la misma ciudad y a la misma hora. Varicela, brechas en la cabeza, constipados, virus estomacales. No me conmovieron lo más mínimo. Ni todas las heridas del mundo hubieran podido hacerlo. Todo era en ese momento menos urgente que tú. Tras la espera, los médicos te examinaron asépticamente. No eras más que otra patología mientras palpaban tu pequeñez, medían la temperatura de tu cuerpo, evaluaban la dimensión de tus ganglios supraclaviculares, los de las ingles, manoseaban tu vientre bajo el zoom de los ojos siguiendo la ceremonia aprendida en el aula de Medicina, el protocolo. Más tarde, la doctora me dijo que tu cojera no era nada, celos del hermano o una sinovitis inofensiva, pero los huesos coxales están perfectos, añadió. Más tarde, cuando volvimos a la calle cogidos de la mano, el mundo olía a pan recién hecho. A los edificios les habían crecido brazos, estallaron en un aplauso, gritaban hurras. Caminamos de la mano hasta el taxi que, quise pensar, nos devolvía a la normalidad para siempre. No estaba dispuesto a renunciar a mis planes: ver a mis hijos crecer, morirme antes que mis hijos.

Pero la vida no nos obedece. Es imposible domesticarla. Corre, salta, ladra por los prados del tiempo. No hay nadie capaz de ordenarle dame la pata, siéntate, ve a por la pelota. Hay una belleza secreta en su rebeldía. Un orden tras su aparente sinsentido. Un camino oculto en el azar de sus correrías.

Tu cojera lo influyó todo. Los edificios se me antojaban inclinados, como esa torre de Italia donde la gente se hace fotos; las personas con las que me cruzaba, todas, caminaban ladeándose, con un andar de pirata; todo parecía resbaladizo, emplazado en una pendiente, como la cubierta de un barco que se hunde. A veces, de manera inconsciente, me agarraba a un mueble para no caerme al otro extremo de la casa. Yo te reñía recordando las palabras de la doctora. Me ponía violento. Te reñía porque estaba confuso, perdóname, quería comprender. Nunca me perdonaré haber desconfiado de ti. Los niños no sabéis mentir. No habéis aprendido todavía el arte del fingimiento.

Digo que todo, incluyendo el cielo, estaba torcido. ¿A qué aferrarse entonces? ¿Cómo evitar la fuerza de gravedad? Ahora sé que no hace falta buscar asideros muy grandes, convicciones, razonamientos. Basta dejarse caer y confiar en que alguien nos abrace, como hacéis los niños al tiraros por un tobogán.

Érase otro día cualquiera de la semana. La amiga de la amiga de mamá nos dijo que volviéramos a casa tras la extracción de sangre. Los resultados tardarían un poco, al menos un par de horas. Fue por mi insistencia por lo que accedieron a realizarte una analítica. Ya no se trataba de una nueva zancada. También estaban los moratones en las pantorrillas, el amarillo de las orejas (no un amarillo feliz, de plátano o de sol con una sonrisa, más parecido al de un muñeco de cera). En todos los hospitales me despedían diciéndome que no era nada. Solo esa amiga de una amiga de mamá, accedió a realizar otra sencilla, tonta, rápida analítica.

En el salón de casa, durante la espera, me entretuve leyendo el periódico. Mamá estaba serena, como si tuviera un repelente de temores. Después, al mediodía, recibí por fin la llamada. Véngase con el niño, oí al otro lado. Con el niño.

Llamé al abuelo para que nos acompañase. Él se hizo el duro en el coche. Me veía llorando en el espejo retrovisor, contigo en brazos, y hablaba tragándose la piedra de su garganta. No te pongas en lo peor, me decía mientras sus ojos decían es lo peor. El abuelo siempre ha sido intenso: su alegría es más alegría que una alegría corriente, su dolor más dolor. Es por eso que sus arterias se resintieron. Yo he heredado esa manía de los extremos. Todo nos afecta sobremanera. Somos atravesados brutalmente por cada emoción,

aunque tratemos de atenuar su embestida. En mi familia somos desmesurados.

Cuando llegamos al hospital, la amiga de la amiga de mamá nos esperaba en un despacho. Nos miró fijamente al entrar, con las cifras de tu sangre sobre la mesa. Leucemia. Dijo leucemia como si el nombre sirviera para explicar lo que nos ocurría. Los moratones y la zancada y las orejas amarillas. Por fin comprendía, pero a partir de ese instante debía aprender a no comprender. Hay que ingresarlo de inmediato, dijo después. Era una orden, un mandato de la historia, no podíamos ignorarla o de lo contrario te morirías. Tu abuelo y yo pusimos rumbo al hospital anejo. Las calles, los comercios, las personas, todo seguía ocurriendo sin mi permiso.

Sobre nosotros el cielo era una silla desocupada.

La gente busca a Dios en las iglesias, en las palabras aterciopeladas de los curas, los hay que ponen velas en lugares inverosímiles y realizan penitencia o hacen juramentos difíciles de cumplir. Pero Dios vive en los geriátricos, los manicomios, las afueras de la ciudad. Se hospeda en la estatura de una flor antes que en la enormidad de una catedral. En la planta de oncología infantil. Allí tiene un ejército minúsculo de soldados que no superan el metro y medio de estatura. Un ejército ridículo y sin embargo invencible. Quince niños calvos. Yo lo he visto: un hombre muy seguro de sí

mismo entra en esa planta y tiembla de miedo nada más verlos.

Érase una vez un niño enseñándole a su padre a nacer.